

Bertrand Russell



Ariel 75
1942 / 2017

Bertrand Russell



**VIAJE
A LA
REVOLUCIÓN**

*Práctica y teoría del bolchevismo
y otros escritos*

Edición al cuidado de Aurelio Major
Traducción de Juan Carlos García-Borrón y Vicente Campos

Ariel 75
1942 / 2017

The Practice and Theory of Bolshevism
Traducción autorizada de la edición en inglés por
The Bertrand Russell Peace Foundation Ltd.

Journal of a Trip to Russia; Letters from Russia; Hopes and Fears As Regards America,
y Free Thought and Official Propaganda
Publicados originalmente en *The Collected Papers of Bertrand Russell,*
Volume 15, por Routledge y traducidos con el permiso de Taylor & Francis Books UK
y de The Bertrand Russell Peace Foundation.

The Practice and Theory of Bolshevism: © The Bertrand Russell Peace Foundation Ltd.
Journal of a Trip to Russia: © 2000, McMaster University
Letters from Russia: © The Bertrand Russell Peace Foundation Ltd.
Hopes and Fears As Regards America: © The Bertrand Russell Peace Foundation Ltd.
Free Thought and Official Propaganda: © The Bertrand Russell Peace Foundation Ltd.
Todos los derechos reservados.

1.^a edición: octubre de 2017

Edición al cuidado de Aurelio Major

© 2017, de la traducción: Juan Carlos García-Borrón
© 2017, de la traducción de los apéndices: Vicente Campos
© 2017, del epílogo: Aurelio Major

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2017: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2702-0
Depósito legal: B. 16.810 - 2017

Impreso en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso
previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva
de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita
fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

PRÁCTICA Y TEORÍA DEL BOLCHEVISMO	9
Prólogo	11
PRIMERA PARTE: La actual situación de Rusia.	17
I. Lo que se espera del bolchevismo	19
II. Características generales	27
III. Lenin, Trotski y Gorki	37
IV. El comunismo y la Constitución soviética	43
V. El fallo de la industria soviética	49
VI. La vida cotidiana en Moscú.	59
VII. La ciudad y el campo.	65
VIII. La política internacional	71
SEGUNDA PARTE: La teoría bolchevique	81
I. La teoría materialista de la historia	83
II. Fuerzas que deciden en política.	91
III. Crítica bolchevique de la democracia	97
IV. Revolución y dictadura	105
V. El mecanismo y el individuo	113

VI. Por qué ha fracasado el comunismo ruso	119
VII. Condiciones para el éxito del socialismo.	129
APÉNDICES	137
Diario de viaje a Rusia	139
Cartas desde Rusia.	157
Esperanza y temores con respecto a los Estados Unidos	165
Pensamiento libre y propaganda oficial	179
EPÍLOGO	201
NOTAS	213

I

Lo que se espera del bolchevismo

Para entender el bolchevismo no basta con conocer hechos; es también necesario entrar con simpatía o imaginación en el nuevo espíritu. Lo más importante que han hecho los bolcheviques es la creación de una esperanza o, en todo caso, la extensión y vigorización de una esperanza que antiguamente estaba confinada a unos pocos. Ese aspecto del movimiento es tan fácil de captar a distancia como en la misma Rusia, quizás incluso más fácil, porque, en Rusia, las circunstancias presentes tienden a oscurecer la visión del futuro distante. Pero la situación actual de Rusia sólo se entiende superficialmente si olvidamos la esperanza que es la fuerza motriz del todo. Tal cosa sería como describir la Tebaida¹ sin mencionar que los eremitas esperaban la beatitud eterna como recompensa de sus sacrificios aquí en la tierra.

No puedo compartir las esperanzas de los bolcheviques más de lo que comparto las de los anacoretas egipcios; considero ambas cosas ilusiones trágicas, destinadas a echar sobre el mundo siglos de oscuridad y violencias estériles. Los principios del Sermón de la Montaña son admirables, pero su efecto sobre la naturaleza humana común fue muy diferente del pretendido. Los que seguían a Cristo no aprendieron a amar a sus enemigos o a ofrecer la otra mejilla. Aprendieron en cambio a utilizar la Inquisición y la hoguera, a someter el intelecto humano al yugo de un sacerdocio igno-

rante e intolerante, a degradar el arte y a extinguir la ciencia durante mil años. Aquéllos fueron los resultados inevitables, no de la doctrina, sino de la creencia fanática en la doctrina. Las esperanzas que inspiran al comunismo son, en lo principal, tan admirables como las comunicadas por el Sermón de la Montaña, pero han sido sostenidas con el mismo fanatismo, y es probable que produzcan un daño parecido. La crueldad acecha en nuestros instintos, y el fanatismo es un camuflaje de la crueldad. Los fanáticos no suelen ser genuinamente humanitarios, y los que sinceramente temen la crueldad se resistirán a adoptar un credo fanático. No sé si puede evitarse que el bolchevismo adquiera un poder universal. Pero, aunque no lo alcance, estoy persuadido de que los que se alzan contra aquél, no por apego a la antigua injusticia, sino en nombre de la libertad de espíritu del Hombre, serán los portadores de la semilla del progreso, de la que, cuando se cumpla la gestación del mundo, nacerá nueva vida.

La guerra ha dejado por toda Europa un espíritu de desilusión y desesperanza que pide a gritos una nueva religión, como la única fuerza capaz de proporcionar a los hombres la energía para vivir vigorosamente. El bolchevismo ha proporcionado la nueva religión. Promete cosas gloriosas: el final de la injusticia del rico y el pobre, el final de la esclavitud económica, el final de las guerras. Promete el final de la desunión de las clases, que emponzoña la vida política y amenaza de destrucción a nuestro sistema industrial. Promete el final del comercialismo, esa sutil falsedad que lleva a los hombres a apreciarlo todo por su valor monetario, y a determinar muchas veces el valor monetario meramente por los caprichos de plutócratas ociosos. Promete un mundo en el que todos los hombres y las mujeres conservarán la cordura por el trabajo, y en el que todo trabajo será valioso para la comunidad, y no sólo para unos cuantos vampiros opulentos. Es poner fin a la indiferencia, el pesimismo y el

cansancio, y todas las complicadas miserias de aquellos cuyas circunstancias permiten la ociosidad, y cuyas energías no son suficientes para forzar la actividad. En lugar de palacios y chozas, de vicio estéril y miseria inútil, ha de haber trabajo saludable, suficiente pero no excesivo, plenamente útil, realizado por hombres y mujeres sin tiempo para el pesimismo ni ocasión para la desesperanza.

El sistema capitalista existente está condenado al fracaso. Su injusticia es tan palmaria que sólo la ignorancia y la tradición pueden hacer que los asalariados la toleren. A medida que la ignorancia disminuye, la tradición se debilita; y la guerra destruyó la influencia de todo lo meramente tradicional en la mente de los hombres. Es posible que, merced a la influencia de los Estados Unidos, el sistema capitalista perdure otros cincuenta años; pero estará continuamente más debilitado, y nunca recobrará la posición de cómodo dominio que mantuvo en el siglo XIX. Tratar de apuntalarlo es un inútil gasto de energías que podrían emplearse en la edificación de algo nuevo. Que lo nuevo pueda ser el bolchevismo o alguna otra cosa, no lo sé; que sea mejor o peor que el capitalismo, tampoco lo sé. Pero no tengo la menor duda de que aparecerá un orden social radicalmente nuevo. Y tampoco tengo duda alguna de que el nuevo orden será, o alguna forma de socialismo, o una regresión a la barbarie y las guerras mezquinas que siguieron a la invasión de los bárbaros. Si el bolchevismo continúa siendo el único competidor vigoroso y eficaz del capitalismo, creo que no podrá realizarse ninguna forma de socialismo, sino sólo el caos y la destrucción. Este parecer, cuyas razones ofreceré más adelante, es uno de los fundamentos de mi oposición al bolchevismo. Pero oponerse al bolchevismo desde el punto de vista del defensor del capitalismo sería, en mi opinión, enteramente inútil y contrario al movimiento de la historia en nuestro tiempo.

El efecto del bolchevismo como esperanza revolucionaria es mayor fuera de Rusia que en el interior de la Re-

pública Soviética. Severas realidades han hecho mucho para aniquilar la esperanza entre aquellos que están sometidos a la dictadura de Moscú. No obstante, incluso dentro de Rusia, el Partido Comunista, en cuyas manos está concentrado todo el poder político, vive aún de la esperanza, aunque la presión de los acontecimientos ha hecho a ésta dura y austera, y algo remota. Es esa esperanza la que lleva a concentrarse sobre las nuevas generaciones. Los comunistas rusos confiesan a menudo que hay pocas esperanzas para los que ya son adultos, y que la felicidad sólo llegará a los niños que han crecido bajo el nuevo régimen y han sido moldeados desde el principio en la mentalidad de grupo requerida por el comunismo. Sólo tras el transcurso de una generación esperan crear una Rusia que realice su sueño.

En el mundo occidental, la esperanza inspirada por el bolchevismo es más inmediata, está menos cargada de tragedia. Los socialistas occidentales que han visitado Rusia han tenido a bien suprimir los rasgos más ofensivos del actual régimen, y han difundido entre sus seguidores la creencia de que las esperanzas milenaristas² se realizarían rápidamente si no fuera por la guerra y el bloqueo. Incluso aquellos socialistas que no son bolcheviques para su propio país han hecho muy poco, en su mayoría, para ayudar a los hombres a apreciar los méritos y los deméritos de los métodos bolcheviques. Con esa falta de valor han expuesto al socialismo occidental al peligro de convertirse en bolchevique, por ignorancia del coste que ha de suponer y por la incertidumbre de que el objetivo buscado se conseguirá o no finalmente. Me parece que Occidente puede adoptar métodos menos penosos y más seguros que los que se han juzgado necesarios en Rusia para alcanzar el socialismo. Y creo que, si bien algunas formas del socialismo son inconmensurablemente mejores que el capitalismo, otras son aún peores que éste. Entre las que son peores, creo reconocer la que está reali-

zándose en Rusia, no sólo en sí misma, sino como una barrera más insuperable para el progreso ulterior.

Al juzgar el bolchevismo a partir de lo que ahora puede verse en Rusia, es necesario desenmarañar diversos factores que contribuyen a un resultado único. Para empezar, Rusia es una de las naciones derrotadas en la guerra; ello ha producido un conjunto de circunstancias que se asemejan a las que se encuentran en Alemania y Austria. El problema de la alimentación, por ejemplo, parece ser esencialmente similar en esos tres países. Para llegar a lo que es específicamente bolchevique debemos eliminar antes lo que es meramente característico de un país que ha sufrido un desastre militar. Tenemos luego otros factores que son rusos, que los comunistas rusos comparten con otros rusos, pero no con otros comunistas. Hay, por ejemplo, mucho desorden y caos y derroche, que escandaliza a los occidentales (sobre todo a los alemanes), aun cuando sientan una gran simpatía política por los bolcheviques. Me parece a mí que, aunque con excepción de muy pocos hombres capaces, el gobierno ruso es menos eficaz en cuestiones de organización de lo que lo serían los alemanes o los estadounidenses en circunstancias similares; representa, sin embargo, lo que, en Rusia, es máximamente eficaz, y hace más por prevenir el caos de lo que podría hacer cualquier otro gobierno. Insisto, la intolerancia y falta de libertad que ha sido heredada del régimen zarista debe ser probablemente considerada más como rusa que como comunista. Si un partido comunista llegase a alcanzar el poder en Inglaterra, se enfrentaría probablemente con una oposición menos irresponsable, y podría mostrarse mucho más tolerante que lo que cabe esperar de ningún gobierno en Rusia si quiere escapar al asesinato. No obstante, en ello se trata de una cuestión de grado. Gran parte del despotismo que caracteriza a los bolcheviques corresponde a la esencia de su filosofía social, y habría de reproducirse, aunque en una forma más suave, dondequiera que dominase esa filosofía.

Es costumbre entre los apologistas occidentales del bolchevismo excusar la dureza de éste sobre la base de que ha sido producida por la necesidad de luchar contra la Entente y sus mercenarios. Es una indudable verdad que esa necesidad ha producido muchos de los peores elementos en el actual estado de cosas. Es también indudable que la Entente tiene una enorme parte de responsabilidad, por su oposición malhumorada e inútil. Pero la teoría bolchevique da siempre por supuesta una oposición semejante. La hostilidad general al primer estado comunista había sido tanto prevista como provocada por la doctrina de la lucha de las clases. Los que adoptan el punto de vista bolchevique han de tener en cuenta la agria hostilidad de los Estados capitalistas. No merece la pena adoptar métodos bolcheviques si no se pueden obtener buenos resultados a despecho de esta hostilidad. Afirmar que los capitalistas son unos malvados, y que nosotros no somos responsables de sus actos es una actitud no científica, y, en particular, contraria a la doctrina marxista del determinismo económico. Los males producidos en Rusia por la hostilidad de la Entente han de considerarse, pues, como esenciales al método bolchevique de transición al comunismo, no como especialmente rusos. No estoy seguro de que no podamos incluso dar un paso más. El agotamiento y la miseria causados por una guerra sin éxito fueron necesarios para el éxito de los bolcheviques; una población próspera no se entregará con tales métodos a una reconstrucción económica profunda. Se puede imaginar a Inglaterra convertida en bolchevique después de su derrota en una guerra que acarrese la pérdida de la India, contingencia no improbable en los próximos años. Pero en la actualidad, el asalariado inglés medio no arriesgaría lo que tiene por la dudosa ganancia de una revolución. Puede entonces considerarse que, para inaugurar el comunismo, es indispensable una condición de miseria muy extendida, a menos que fuese posible establecer el comunismo de un modo

más o menos pacífico por métodos que no destruyesen, ni siquiera temporalmente, la vida económica del país. Si las esperanzas que inspiraron, en un principio, al comunismo, y que todavía inspiran a sus partidarios occidentales, han de realizarse alguna vez, tendría que afrontarse el problema de minimizar la violencia en la transición. Desgraciadamente, la violencia es en sí misma encantadora para la mayoría de los revolucionarios verdaderamente vigorosos, y éstos no sienten el menor interés en evitarla en la medida de lo posible. El odio al enemigo es más fácil y más intenso que el amor a los amigos. Pero no hay que esperar mucho bien de hombres que están más ansiosos de dañar a sus enemigos que de beneficiar al mundo.